Recordatorio intergeneracional de Josep Fontana *Intergenerational memory of Josep Fontana*

Raimundo Cuesta y Gustavo Hernández Sánchez
(Fedicaria-Salamanca)

Recibido en septiembre 2018
Aceptado en octubre 2018

Referencia

Cuesta, R., y Hernández Sánchez, G. (2019). Recordatorio intergeneracional de Josep Fontana. *Con-Ciencia Social (segunda época)*. 2, 188-201.

INTRODUCCIÓN

Un reciente libro de Roger Chartier, *La mano del autor y el espíritu del impresor* (2018), comienza evocando un verso de Quevedo (“Escuchar a los muertos con los ojos”) para señalar que, una vez extinguida la vida, solo podemos escuchar a los muertos con la lectura (con los ojos). Del profesor Fontana, del que tanto y tanto aprendimos, podría decirse que, tras su fallecimiento el 28 de agosto de 2018, todavía su obra ha de ser leída y escuchada con los ojos bien abiertos y los oídos muy atentos. No obstante, este obituario en homenaje a su memoria no quiere transformarse en un recuento erudito y académico de su obra, ni tampoco pretende, como es habitual en el género, entonar una salmodia encomiástica del difunto por más que se la tenga merecida, sino que más bien se persigue traer a la memoria la huella dejada por sus investigaciones a través de la experiencia vivida y del testimonio aportado por los dos autores de esta reseña, que pertenecemos a mundos generacionales muy separados y, por tanto, distintos. En efecto, Raimundo Cuesta empezó su carrera docente en educación secundaria en 1975 mientras que Gustavo Hernández Sánchez apenas la inicia al tiempo de pergeñar este texto. Uno y otro coincidimos en haber tenido una formación inicial y una proclividad historiográfica de indubitable raigambre marxista, aunque los temas y periodos de especialización de ambos son diferentes. Los dos hemos acabado convergiendo en Fedicaria, federación de profesores de pensamiento crítico

dentro de la que el legado del historiador catalán fue sobresaliente y sigue siendo muy relevante.

En efecto, cualquiera que remonte su mirada al número 1 de *Con-Ciencia Social* (1997) puede comprobar cómo la sección “Pensando sobre...” estaba dedicada a Josep Fontana (un artículo sobre su trayectoria y una entrevista), lo que, como se verá, no fue capricho o casualidad, sino elección voluntaria y afortunada decisión que inauguraba por aquel entonces una muy sugerente galería de personajes, de distintos campos del conocimiento, que se iban a asomar a las páginas de nuestra revista a modo de muestra muy significativa de una parte sustancial de lo mejor del pensamiento crítico español de las últimas décadas. Sin duda, Fontana merecía inaugurar ese desfile de mentes preclaras e insumisas frente a los imperiosos mandatos de una sociedad manifiestamente mejorable.

EXPERIENCIA Y TESTIMONIO DE RAIMUNDO CUESTA

Orígenes del conocimiento de la obra de Fontana

Cuando era estudiante en la sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Salamanca apareció en la editorial Ariel *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)*. Era el año 1971 y yo no hacía mucho que había cumplido los veinte años de edad. Todavía lo conservo en mi biblioteca, con forro plastificado y fecha de compra (julio de 1972); puedo recordar que este libro me causó un terremoto cognitivo afianzando lo que ya era una proclividad mía hacia la historia entendida bajo las pautas explicativas del marxismo. Todavía pienso, como dejé dicho en 1997, que *La quiebra de monarquía absoluta...* fue de uno de los pocos libros de historia, producidos por autores hispanos, que merecen catalogarse de revolucionarios, metodológica y políticamente hablando, en el panorama historiográfico de los años en que fue gestado (los años sesenta). Renovó la historia económica y confirmó la existencia de un marxismo académico de alta excelencia científica, aunque quizás, con la perspectiva que nos dan los años transcurridos, hoy lo

juzgaríamos excesivamente economicista. Pero, claro, cualquier obra es hija de su tiempo y por entonces en la universidad tardofranquista el economicismo estaba al orden del día entre los jóvenes aprendices de historiador, que buscábamos en ese tipo de marxismo no sólo una fuente de conocimiento sino también una expectativa emancipadora y rotundamente antifranquista. Por lo demás, en aquel tiempo la crisis del Antiguo Régimen y la transición al capitalismo y a la forma de Estado liberal estaba de moda y yo mismo, al acabar mi licenciatura en historia en 1973, no me resistí a hacer mis pinitos en demografía histórica y en tomar mi ciudad natal, Santander entre 1753 y 1808, como banco de pruebas para demostrar la descomposición de las estructuras socioeconómicas precapitalistas.

Desde los años setenta leí con avidez y con verdadera pasión todas las publicaciones de nuestro historiador que caían en mis manos. En mi facultad incluso había algunos catedráticos, magníficos historiadores, cercanos al materialismo histórico, como Marcelo Vigil de Historia Antigua o José Luis Martín de Historia Medieval, pero todavía, por lo general, el poder académico estaba aferrado a fórmulas tradicionales de hacer y entender la historia (Fontana era invisible entre los contemporaneístas salmantinos acaudillados a la sazón por la inefable catedrática teresiana María Dolores Gómez Molleda)¹, aunque la joven generación de los pretendientes a la docencia universitaria en España, a la sazón estudiantes o profesores no numerarios, hizo bandera del marxismo del mismo modo que luego plegaron enseñanzas, abandonaron sus pulsiones juveniles y buscaron alojarse en paradigmas historiográficos más confortables. En cambio, Fontana era ya en 1971 un hombre maduro y un historiador en plenitud creativa que, a diferencia de otros muchos, permaneció fiel a su idea de vincular la profesión de historiador a un horizonte de cambio social profundo. Permaneció fiel, probablemente, opino, que quizás en algunos casos excesivamente fiel, a la constelación de ideas del marxismo ortodoxo,

¹ Incluso más tarde, cuando la eximia teresiana dejó las riendas de la cátedra salmantina, la influencia de la obra de Fontana entre el profesorado de contemporánea fue, salvo excepciones, más bien débil. Es fama que, desde esa plataforma académica, algunos éramos tildados de “fontanistas” en sentido peyorativo.

que en mi época de estudiante tenía a Pierre Vilar, entrañable amigo de Fontana, como máxima figura y maestro de toda mi generación.

A ese lejano pero intenso magisterio (incluida su ácida crítica a la escuela de los Annales, que, en parte, hoy yo no compartiría) hay que añadir, apenas terminada la carrera, la deuda impagable que contraje con su labor de difusión de los historiadores marxistas británicos, especialmente de E. P. Thompson, o también de E. Hobsbawm, principalmente a través de editorial Crítica. En todo caso, el reconocimiento de su obra pronto alcanzó magnitudes internacionales, una auténtica excepción dentro del panorama hispano.

Contactos personales

Conocí personalmente al profesor Fontana como ponente en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Salamanca (ICE), en las jornadas organizadas durante el curso 1982-1983 por el grupo Cronos, que anualmente montaba un programa dirigido al profesorado de Bachillerato del distrito universitario con vistas a su actualización científica acerca de la historia de España y de conocimiento sobre la didáctica de la historia. Habíamos fundado ese colectivo en 1981 en el ICE de Salamanca y Fontana aceptó amablemente la invitación a participar. Su intervención, repetida en Cáceres, fue editada por la Institución Cultural El Brocense con el título *Enseñar historia*. Tras su conferencia, pasamos a una conversación cercana y más espontánea durante la cena. Recuerdo que nos acompañó Marcelo Vigil, buen amigo de nuestro invitado y cuyas relaciones eran de recíproca admiración. Por mi parte, atisbé a un Fontana un tanto tímido, poco amigo del halago y un punto reconcentrado en sí mismo. Seguramente la admiración desmedida que profesábamos hacia su trabajo obraba a favor de que la charla trascurriera por veredas no excesivamente memorables.

La siguiente vez que estuve con Fontana fue en octubre de 1996 en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Salamanca, con motivo de la entrevista que se hizo para el número fundacional de *Con-Ciencia Social*, con la ayuda y colaboración de Ricardo Robledo, brillante discípulo suyo y catedrático de Historia Económica, y Manuel Fernández Cuadrado del grupo

Cronos. La publicación de la entrevista se vio acompañada de un artículo de fondo, “La historia como inagotable esperanza crítica. Apuntes acerca de la obra de Fontana” (1997), que escribí con esmero y que resiste el paso del tiempo.

Temas más destacables

Con la perspectiva que nos da el tiempo, seleccionaría dos temas que, excluyendo el fuerte y duradero impacto de sus estudios sobre la hacienda del Antiguo Régimen en España, han dejado más huella o me han interesado más por mi condición de profesor, a saber: su concepción de la historia social como proyecto al servicio del futuro y sus intervenciones sobre didáctica de la historia. Respecto al primero de los asuntos, me quedaría con su *Historia. Análisis de pasado y proyecto social* (1982), uno de sus libros más conseguidos, verdadera fuente de inspiración para los que en los años ochenta dábamos clase en institutos y tratábamos de cambiar la historia enseñada y transformar el conjunto de la sociedad. En segundo lugar, junto a la idea de utilizar la historia como arma para una disección implacable de los problemas del presente y como fuente creadora de expectativas transformadoras mirando hacia del futuro, la otra veta sería la didáctica de la historia. Sus ocasionales intervenciones sobre la enseñanza de la historia, que revitalizan y enriquecen una tradición poco cultivada por los grandes historiadores excepto por Rafael Altamira, que, en este aspecto, constituyó un antecedente de sus propias incursiones en el tema educativo. Quizás la más significativa y simbólica de sus aportaciones, por coincidir con los amenes del franquismo, fue el artículo “Para una renovación de la enseñanza de la historia” (1975), que entonces se esgrimía como el *non plus ultra* de la didáctica. En realidad, esta y su otras de sus intervenciones en este campo (incluida la citada entrevista de 1997 en *Con-Ciencia Social*) no iban mucho más allá de pedir una reorientación de los contenidos de la historia enseñada y un acercamiento a los problemas reales de la sociedad, lo que en aquel tiempo no era moco de pavo. Pero, en este terreno, su discurso mantuvo una cierta proximidad con las propuestas fedicarianas de didáctica crítica basada en

problemas sociales relevantes, pero de ninguna manera una identificación plena. Creo que su influencia, entre nosotros, como no podía ser de otra manera, fue mucho más como teórico de la historia y como historiador que como didacta.

Por lo demás, en la última etapa creativa Josep Fontana estalla en forma de historiador del mundo. He sido lector menos entusiasta y enfervorizado de sus últimas obras tales como *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945* (2011), o *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914* (2017). Llenas de erudición y de fuentes inéditas, la trama narrativa e interpretativa no siempre iguala la exhibición de riqueza de datos. Aunque las comparaciones sean odiosas, leyendo estas obras uno no puede dejar de evocar a E. Hobsbawm (*The Age of Extremes: the Short Twenty Century, 1914-1991*, 1994. Edición española de 1995 en Crítica, con el título *Historia del siglo XX: 1914-1991*).

Usos públicos de su obra

Su militancia en el PSUC habla en favor del compromiso político y social de un historiador, dentro de cuyo magisterio han gozado generaciones de intelectuales de izquierdas. No obstante, él mismo fue víctima de la desintegración del comunismo hispano a lo largo de los años ochenta cuando la apuesta eurocomunista queda abortada. Por aquel tiempo, su defensa del socialismo real encarnado en la URSS era, a mi modo de ver, nada afortunada. Para entonces la izquierda ya había perdido su “inocencia” gracias, entre otros factores, al XX Congreso del PCUS de 1956 y al 68 checoslovaco, y por ello me pareció difícil de entender su defensa pertinaz de un régimen caduco hasta las vísperas de su disolución. Algo de ese tic permisivo y comprensivo con los abusos del socialismo real todavía se atisba muchos años después en libros, por lo demás admirables, como *Por el bien del imperio* (2011), en el que el tratamiento blando y tolerante que otorga al capitalismo de Estado de la China actual se asemeja al que antaño diera a la URSS.

Me resultó especialmente rechazable y desagradable el uso público de su figura y de su obra en actividades como fue su participación en el Simposio de

diciembre de 2013 celebrado bajo la etiqueta de *Espanya contra Catalunya (1714-2014)*, título impresentable y mediante el cual se pretendió conceder cobertura histórica a los afanes secesionistas que entonces se estaban cociendo, azuzados por la confluencia de las políticas del PP y de las altas instancias del poder judicial con la pleamar de un nacionalismo catalán de corte independentista². Sabía de antiguo la posición catalanista de Fontana, lo que no me parecía nada raro ni negativo, dada su trayectoria en el PSUC. Pero me extrañó cómo un historiador de su talla más allá de las querellas nacionales dejara exponer su obra al servicio de gentes de dudosa acreditación izquierdista o de manifiestos voceros de un nacionalismo de corte etnicista. Por su parte, en *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya* (2014), mantenía un discurso identitario esencialista e historicista, que en nada tiene que ver con las concepciones más consistentes sobre la interpretación de la historia de las naciones, como son las de E. Hobsbawm o R. Benedict, en las que las tales entidades son comprendidas como invención de la tradición en forma de imaginario colectivo. Entre el polo primordialista y el construccionista en la explicación de la realidad nacional, Fontana, rompiendo con las fuentes de su propio pensamiento, apostaba por una versión historicista del primero, si bien vestido de luchas de clases.

Fontana ha contribuido a enriquecer el marxismo hispano, que históricamente, si se salva Manuel Sacristán, ha carecido de pensadores con luz propia. Se erigió en defensor de la historia social frente a los muchos virajes y derivas de la llamada historiografía postmoderna. Su posición al respecto es la del defensor de un baluarte sitiado y en peligro y por ello mismo se resistió a juzgar las valiosas aportaciones de algunos enfoques “postsociales”, que por lo demás han bebido en las fuentes de pensadores como W. Benjamin o E. P. Thompson, que curiosamente el “ortodoxo” Fontana introduce y divulga en España. Esta escasa sensibilidad hacia las nuevas orientaciones historiográficas le fue granjeando, como pude comprobar a menudo, muchos

² Recientemente su discípulo Gonzalo Pontón (29 de septiembre de 2018) ha señalado que Fontana desconocía (y le disgustó) el título del evento, y que su posición distaba de ser independentista.

enemigos a nuestro historiador entre jóvenes aspirantes al relevo de guardia en la historiografía española.

Al final, muchos de estos jóvenes muestran una total falta de respeto y consideración hacia su obra, lo que es poco o nada recomendable, porque no es preciso que cada generación reinvente el mundo en su totalidad y de nueva pieza como si nada existiera antes. Hoy, además, creo que los intentos de aproximación entre la historiografía social y la cultural constituye una realidad muy tangible y positiva. Al final, a pesar de las luces y sombras, de las polémicas escaramuzas políticas e ideológicas de algunas facetas de su vida, hay que señalar que ha muerto uno de los grandes historiadores de nuestro tiempo, del que nos sentimos herederos en su afán de poner el conocimiento histórico riguroso al servicio de la tarea incansable de mejorar la vida de los seres humanos.

EXPERIENCIA Y TESTIMONIO DE GUSTAVO HERNÁNDEZ SÁNCHEZ

Fontana: historiador, maestro de historiadores

Algo que me llamó la atención al buscar información en la red sobre Josep Fontana y las noticias publicadas tras su muerte, fue que una de las constantes que se repite es su consideración como "maestro de historiadores", en prensa que va del diario de derechas *La Razón* al de contra-información *Kaos en la red*, entre muchísimos otros. Cualquiera de dichos obituarios que uno puede consultar fácilmente en *Google* sirve para establecer una breve idea inicial sobre la importancia de su obra, la cual hemos abordado someramente en el epígrafe anterior. No es preciso, por ello, en esta interpelación a dos manos, destacar sus logros, influencias y proyecciones, sino que nos parece más oportuno reflexionar sobre su pensamiento y lo que éste puede significar para dos generaciones distintas. En mi caso, me gustaría destacar un concepto de "marxismo" o "historiador marxista" no exento de contradicciones, esto es, en constante transformación y, probablemente por ello, muy válido para pensar la *historia del tiempo presente*. También sobre

cómo puede un historiador como Fontana servir a la formación de un joven historiador cómo yo, es decir, qué puede significar su obra para mi generación. Este otro aspecto de mi reflexión será seguramente, por introspectivo, mucho más subjetivo.

Aristas de la obra de Fontana

Reflexionaba recientemente el historiador británico Perry Anderson en el prólogo de la reedición de su obra *Las antinomias de Gramsci* (1976) acerca de que es un lugar común que "el pensamiento de cualquier mente privilegiada es tan coherente como su prestigio exige"; siendo la principal tarea del comentarista: "demostrar su unidad fundamental subyacente" (2018, p. 17). Cuando la realidad es precisamente la contraria.

Peligro del que no está exenta tampoco la obra de Fontana. En efecto, hoy cada uno puede, o podemos, destacar aquello que mejor nos parezca sobre la misma. El muestreo que mencionábamos es buen ejemplo de ello. Así, unos le recordarán como hombre fuerte del PSUC, intelectual orgánico, especialmente en la etapa de la configuración de su obra como referente para los marxistas españoles, tal y como se destaca en el epígrafe anterior. O más bien, por el contrario, como un intelectual de talla, independiente, capaz de incluir en su obra las novedades historiográficas fruto de un contexto variable y que van de un marxismo más bien ortodoxo a la inclusión de la revisión británica en torno a la obra de Gramsci de autores como Thompson o Hobsbawm, pero sin caer en el oportunismo académico ni en la deriva nihilista del postestructuralismo postmoderno. Esta es, se podría decir, la evolución que ha tomado buena parte de la historiografía marxista en nuestro país. También, en los últimos años, como un catalanista férreo defensor del derecho de autodeterminación, más o menos de izquierdas según el interlocutor que lo evalúe; pero muy distante, tal y como muestra la opinión de Raimundo Cuesta, del punto de vista mayoritario entre los autores de la izquierda española. En todo caso, un historiador brillante capaz de ser todas esas cosas a la vez. Precisamente, son estas contradicciones y múltiples aristas de la obra y pensamiento de Fontana las que nos parecen más valiosas.

Mi admiración por Fontana

Recuerdo una anécdota sobre uno de mis últimos viajes a Barcelona. Visitaba a un amigo que estudia en la Pompeu i Fabra, y una de las paradas de la visita que me hizo en los edificios del Campus de la Ciutadella fue la de su despacho acristalado en los pasillos del edificio del Depósito de las aguas, diseñado por Josep Fontseré y el entonces joven estudiante de arquitectura, Antoni Gaudí. La estructura fue rehabilitada a mediados de los noventa y actualmente es la sede de una impresionante Biblioteca, a la que Fontana cedió buena parte de sus fondos personales. Creo que en pocas ocasiones he entrado en un lugar de similares características con la esperanza de cruzarme con alguien a quien admiro. Pero ese día no estaba allí.

A diferencia de Raimundo Cuesta, cuando comencé a estudiar mi licenciatura de Historia, Fontana era ya un autor consagrado, referente, sin duda, para aquellos que nos considerábamos de izquierdas. Y fue seguramente por ello que seguí sus publicaciones, a pesar de situarse en un área de estudio diferente de la mía. Lo que más me interesaba era el punto de vista que pudiera tener este autor en torno a la tradición marxista y su aplicación metodológica como una de las múltiples formas de interpretación de la historia. En una de sus últimas intervenciones señalaba: "ser 'un historiador marxista' consiste, en mi opinión, en participar en un amplio campo intelectual que va más allá de las codificaciones más o menos dogmáticas que forman lo que algunos entienden por 'marxismo'" (2018, p. 11). Al mismo tiempo que reclamaba: "la formación de un historiador marxista debe mantenerse siempre activa" (2018, p. 14). Pueden comprender que es fácilmente estar de acuerdo con su punto de vista. Considero que son precisamente estas cuestiones las que pueden llevarnos a tenerle, efectivamente, como un "maestro de historiadores", al menos en mi caso. Por lo que cuenta el otro autor de este texto, también en el suyo. ¿Cómo ha influido desde un punto de vista más subjetivo una persona como Fontana en mi formación?

En un momento de repliegue de una parte de la academia hacia posiciones neo-historicistas y de un positivismo rampante, mucho más peligroso que la supuesta deriva anticientificista de la filosofía postmoderna, por cierto, Fontana ha representado un ariete de defensa de la historia social, un contrapunto que nos insuflaba aire frente a lo que muchas veces se nos enseñaba en la Facultad. Después de todos estos años, esa vacilación hacia su obra o hacia todo aquel que pudiese ser considerado de "fontanista", o más bien, "marxista", continúa bien presente en los pasillos universitarios salmantinos (y me consta que también en otras universidades), donde esta historiografía sigue siendo tildada de historia ideologizada, como si no lo fuesen todas las *formas de hacer historia*. Valga como ejemplo el debate sostenido entre Juan A. Andrade y los comentaristas de su libro *El PCE y el PSOE en (la) transición* (2015) o entre el propio Raimundo Cuesta y Santos Juliá en los encuentros que semestralmente organiza el área de historia contemporánea de la Universidad de Salamanca. Pero toca hablar de Fontana y de por qué su obra es útil para formar jóvenes historiadores.

Cierta es la opinión que sostiene Raimundo Cuesta acerca de la carga del catalán contra la historiografía de *Annales*, pero en mi caso, esta crítica abría paso a un horizonte completamente nuevo. Si alguien como él se atrevía a realizar lo que en centros universitarios como el que yo me formé era poco menos que una herejía, aquello quería decir que toda verdad ampliamente aceptada no tiene por qué ser considerada como universal. Fontana nos recordaba cómo en el paso de una historia social de la primera generación de *Annales* a una "historia total" en la segunda etapa de esta corriente historiográfica, sus principales autores como Braudel habrían convertido lo que fue la virtud de Bloch y Febvre en un defecto: "en una simple mitología de la novetat, en un pseudocientificisme..." (1974, pp. 294-295).

Algo que definía como "desorientación teórica", que terminó por derivar, en algunos casos, en abierto "academicismo conservador": "*Annales* se había sumado a esta causa con apariencias de objetividad" (Fontana, 1982, p. 211). Imagínense lo que supone leer esto para una persona que, como yo, creía a

pies juntillas lo que sus profesores le decían. Hoy poseo cierta madurez que entonces no tenía, y puedo afirmar, de manera weberiana, que ese "desencantamiento" se lo debo a personas como él. Esta apariencia de objetividad todavía hoy se mantiene, disfrazada esta vez de un neoconservadurismo de carácter neoliberal que impregna publicaciones, grupos de investigación y profesorado, salvando honrosas excepciones. En efecto, para un estudiante con ciertas inquietudes y vinculado a la izquierda política como yo, Fontana era siempre una cita de autoridad a la que acudir cuando nos decían que el marxismo era cosa del pasado, cuando trataban de inculcarnos, por ejemplo, una imagen dulcificada de la historia de los Estados Unidos y de los países del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como garante de las "democracias" liberales occidentales. Cuando trataban, en definitiva, de hacernos pensar que no hay alternativas al capitalismo.

Desencuentros

Pero Fontana también se enfrentó contra la historiografía postmoderna, sobre la que yo guardo una visión menos combativa y, ciertamente, más ambivalente, y la cual considero que buena parte de la izquierda no termina de comprender bien, con posiciones que vuelven a tratar de reproducir desafortunadas viejas ortodoxias (contra las que el propio Fontana, por cierto, nos advertía en uno de sus últimos textos, anteriormente citado). En su obra *La historia después del fin de la historia* (1992) cargaba contra esta envenenada idea de Fukuyama que tradicionalmente se relaciona, a veces de manera acrítica, con la filosofía postmoderna, y que he tratado de desvincular -con mejor o peor fortuna- como una relación de carácter causal en varios de mis trabajos. Es decir, que "lo postmoderno" no es una opción ideológica, como sí lo son el comunismo o el neoliberalismo, sino más bien una cuestión ontológica o cultural que debemos de saber *deconstruir* de manera crítica, al menos si queremos transformar la realidad que nos es dada. No podíamos estar de acuerdo en todo. No obstante, advertía también en esta obra, a pesar de ello, sobre los peligros que debería confrontar el marxismo frente a este nuevo contexto de supuesto "fin de las ideologías". Después de todo, algo sí

estaba cambiando y la situación geopolítica y cultural en las sociedades del capitalismo avanzado tras la caída del muro era muy distinta del panorama anterior.

A pesar de estos matices, si tuviera que elegir una de sus publicaciones, la obra que más me influyó y que en cierta medida articuló mi ensayo sobre el marxismo y la encrucijada postmoderna (2017), a pesar de nuestras diferencias, fue *Historia. Análisis del pasado y proyecto social* (1982), puesto que en ella se contenían las nociones básicas de un marxismo bien temperado: "análisis del pasado, crítica del presente y propuesta para el futuro" (1982, p. 140). Creo que este es el Fontana que debemos reclamar desde una historiografía comprometida con el pensamiento crítico. Fontana es siempre un autor al que acudir para compartir con él una visión de la historia contemporánea más descarnada, una perspectiva más acorde con nuestra forma de interpretar el mundo y con la que quizá el futuro deje de ser un país extraño.

REFERENCIAS

- Anderson, P. (2018). *Las antinomias de Gramsci*. Madrid: Akal.
- Andrade, J. A. (2015). *El PCE y el PSOE en (la) transición*. Madrid: Siglo XXI.
- Chartier, R. (2018). *La mano del autor y el espíritu del impresor*. Buenos Aires: Eudeba.
- Cuesta, R. (1997). La historia como inagotable esperanza crítica. Apuntes acerca de la obra de Josep Fontana. *Con-Ciencia Social*, 1, 103-120.
- Fontana, J. (1971). *La quiebra de la monarquía absoluta (1814-1820)*. Barcelona: Ariel.
- Fontana, J. (1974). Ascens y decadència de l'escola dels "Annales". *Recerques*, 4, 283-298.

- Fontana, J. (1975). Para una renovación de la enseñanza de la historia. *Cuadernos de Pedagogía*, 11, 10-13.
- Fontana, J. (1982). *Historia. Análisis de pasado y proyecto social*. Barcelona: Crítica.
- Fontana, J. (1992). *La historia después del fin de la historia*. Barcelona: Crítica.
- Fontana, J. (2011). *Por el bien del Imperio. Una historia del mundo desde 1945*. Barcelona: Pasado & Presente.
- Fontana, J. (2014). *La formació d'una identitat. Una història de Catalunya*. Barcelona: Eumo.
- Fontana, J. (2017). *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*. Barcelona: Crítica.
- Fontana, J. (2018). La formación de un historiador marxista. *Nuestra Historia*, 5, 11-14.
- Hernández Sánchez, G. (2017). *La tradición marxista y la encrucijada postmoderna. Notas para una historia social y cultural en el siglo XXI*. Madrid: Visión Libros.
- Hobsbawm, E. (1995). *Historia del siglo XX: 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Pontón, G. (2018, septiembre 29). La responsabilidad de los historiadores. *Babelia, El País*, 3-5.